

Dos hombres honrados

El más gordo, de sonrisa bonachona, decía a un vecino que comía a dos carrillos sin parar mientes en lo que dejaba encima de la mesa el mozo del mesón.

—Desengáñese usted, amigo, el robo será siempre un crimen.

—Le supongo propietario.

—Gracias a mi constancia, a mis ahorros y a mi trabajo.

—¿Es usted industrial?

—Y comerciante.

—¡Ah!

—Y usted, ¿a qué negocios se dedica?

Tiene usted cara de bolsista.

—Pues no tengo cara de lo que soy: me dedico a robar.

—¿A robar?

—Como lo oye usted.

—Y lo dice con orgullo.

—Con el mismo que emplea usted para decir que es comerciante e industrial.

—¡Mi negocio es legítimo!

—Lo sé; casi tan legítimo como el mío aunque no tan digno.

—¡Cómo que no tan digno!

—Naturalmente; no es tan digno porque es menos expuesto y más hipócrita. Yo robo teniendo la ley en contra y usted roba al amparo de la ley misma. No da el peso cuando vende, no paga la medida cuando compra, no repara en envenenar a su clientela vendiendo.

—Es un contrato libremente estipulado.

—¡Sí, sí! Pero al hacer el pacto se habla de cierta calidad, de cierta medida y de cierto precio....

—Es que.....

—Déjeme usted hablar y lo hará usted después hasta el día del juicio.

—No puedo oír tales disparates.

—Comiendo tranquilo estaba cuando usted me interrogó. Yo soy más franco que usted y llamo robo a mi negocio.... Respecto de la industria, no me negará usted que emplea artículos malos para venderlos como buenos, y que da a sus operarios el cinco por ciento de lo que producen.

—Buena la haríamos los comerciantes si vendiésemos al precio que compramos, y no la haríamos mejor los industriales si las primeras materias nos costasen el dinero que sacamos de la producción.

—Harían ustedes un mal negocio, como lo hago yo el día que vuelvo a casa con los bolsillos vacíos.

—Es que yo trabajo.

—Lo mismo digo, y más personalmente que usted, puesto que usted.....

—¡No, señor! Usted roba.

—Según a que llame usted robar.

—Roba el que se apodera violentamente de lo que no es suyo.

—¡Ah, vamos! Por manera que el ladrón se diferencia del comerciante en que este roba pacíficamente. No me negará usted en este caso que el segundo es una decadencia del primero. Han legalizado la falsificación y el escamoteo; mejor diría si digera que han pervertido el arte de robar, y que por antiestéticos, sino por otra cosa, merecerían ir a la cárcel.

El ladrón y el comerciante se levantaron de la mesa sin saludarse siquiera. Al año, l uno se encontraba en presidio, fuera de la ley por haber robado una cartera, y el otro hacía leyes en el Parlamento, porque habiendo jugado a la baja en combinación con el ministro de Estado, ganó muchos millones y pudo representar al país con el dinero que había quitado a numerosas familias que vivieron después en la miseria.

OCTAVIO MIRBEAU.

CONTRASTE

Marchaba con su hijo en brazos,
llegó de nosotros cerca,
y tú esquivaste el saludo
y volviste la cabeza.

—¿No la saludas?—te dije.

—¿Quién? ¿Yo, saludar a esa?....

¿Saludarla?, ¡y lleva un hijo
en sus brazos y es soltera!

—¡Tanto gusto en saludarla!

—¡Tanta dicha en conocerla!

—Cuénteme entre sus amigas
más cordiales y sinceras.

—¿A esta saludas afable,
tú, que despreciaste a aquella?

—Es claro. Entre la una y la otra
existe gran diferencia.

Esta engaña a su marido,
pero está casada en regla.

JOAQUÍN DICENTA.